

9pm

José Siemss

9pm (Till I Come)
André Tanneberger. ATB (1998)

PUES ASÍ COMO TE DIGO, mi hermano. Nada tiene que ver esta melodía con la ciudad, nada parecido a ella quizá. Pero en la evolución de vivir en algo que nos enamora siempre cala lo que se hace presente en el primer instante. Inevitablemente un olor, un sabor, un color, un dolor o un humor resultan, al final cuando aquella evolución no puede más, lo que nos regresa de nuevo al principio, al mismo primer instante. Quién diría que el simple guitarrazo de esta canción me regresaría a correr de nuevo hacia la casa de Phil... ¡Ah!, pero no creo que sólo me regrese a aquel instante cuando yo corría como chiflado, no, no. Me regresa a vivir a la misma Barcelona de hace años. Porque aunque digan que el tiempo cambia hasta la manera de volarte el pelo, yo creo que no todo está tan lejos. Ni merece llamarse época. Mira, ¿puedes ver cómo los árboles pintan de marrón a Las Ramblas? Pues eso es Barcelona. Aún queda magia, mi hermano, aún queda magia.

Tú te preguntarás cómo puedo ver lo castaño de Las Ramblas si soy ciego. Pero lo único que puedo responderte es que no se necesitan ojos pa' ver la pasión con la cual algo nos ha acostumbrado. Y es que yo la pasión la llevo dentro y no se ve, y quizá esta ciudad también me lleve ahí, desgredado en las ramas de los árboles de sus calles. No me arrepiento de haber venido pa' ca', aunque sino hubiese venido aún tendría salud en mis ojos. Pero... ¡va!, todo pasó en Sudáfrica y no aquí en esta ciudad que me lo ha dado todo.

Vine de Cartagena después de licenciarme en administración. Ya había estado una vez aquí y después me quedé

con el sabor pa' regresar. Mi plan siempre fue terminar de estudiar y emigrar a este país. Aunque por algunas razones me quedé viviendo primero en Madrid. Luego logré venir y radicar en esta bella ciudad. Cuando llegué aquí ya estaba involucrado con la mafia, y no me quedó otra opción más que seguirle. Al fin y al cabo estaba cómodo en donde yo había soñado. Antes de venir me puse en contacto con un amigo que solía viajar todo el tiempo entre Madrid y Bogotá. Ya sé lo que vas a pensar, mi hermano, los colombianos tenemos esa fama, pero yo ni me las olía que el tío estaba involucrado en el tráfico de drogas. Todo el barrio en Cartagena sabía que él era un abogado que viajaba mucho. Todos lo vieron graduarse en la universidad estatal, y siempre escuchaban a su madre enorgullecerse de él. Días después de llegar a Madrid me di cuenta de que era un gran traqueteo, a demás vivía en un palacete de ensueño que en el poco tiempo que supuestamente llevaba como abogado era imposible que lograra. Mira, mi hermano, no es que yo en ese tiempo fuera una santa paloma y que ahora quiera lavarme las manos echándole mis errores a otras espaldas, pero si mi paisano no me hubiese encampanado con la idea de entrarle a esto de la traficada mi historia sería diferente.

Estuve varios meses supervisando la cocaína que llegaba al aeropuerto de Madrid procedente de varios puntos de Sudamérica. Todos los que integrábamos ese grupo éramos latinoamericanos, a diferencia del capo que era español, Miguel Solano, a quien dos años después yo trataría de forma más directa. Pero después, como si la casualidad pasara por el mismo camino en el que también pasaban mis deseos, me fue dada la orden de supervisar la mercancía que se repartía pa' otros lugares, nada más y nada menos

que desde el lugar de mis sueños, papá. A aquel amigo de Cartagena nunca lo volví a ver, no volví a saber de él a pesar de mi comunicación con la raza en mi país. Y llegué a Barcelona, mi hermano, aleluyando a todo momento por sus parques y por cada cuadro de calle. La ciudad se me fue desdoblado poco a poco, desenrollándose como una lengua oscura por la noche, encendiendo sus faroles. Y yo también encendía mis faroles, sabes, los faroles de la Barcelona pelona en otoño.

Así pues, llegué a Barcelona en esta misma época del año, cuando la corriente de las lluvias arrastra las hojas secas de los árboles. A veces recuerdo que a Phil también le gustaba el otoño. Él solía salir al jardín a mojarse de lluvia y se enlodaba en las peladuras de la grama. Yo siempre espiaba por una de las ventanas de su mansión. Lo veía envuelto en una piel infantil que aluzaba las jardineras, y cuando se cansaba de jugar entraba y me pedía un habanero. A veces no sé... No sé si Phil es Barcelona o Barcelona es Phil.

Antes de conocer a Phil estuve muy activo en la distribución de cocaína, allá por el Parque Güell. De vez en cuando me daba mis vueltas por Las Ramblas o por La Sagrada Familia, ahí ya me empezaban a conocer. Me amisté con algunos tíos que ambicionaban escalar y escalar sin dar grandes pasos. Pero aquí la cosa no es así, mi hermano, el acaparamiento conciliado ferozmente con la apetencia es sinónimo de traición. Porque las reglas existen hasta en el polvo de los mundos dentro del mundo. Y sí, claro, los italianos son los que se pueden trepar más alto, pero nos genera franqueza y respeto el que todos de cierta forma llevemos el gen latino en la sangre. Pero a parte de eso algo más nos origina unión, y es que todos pertenecemos a La Camorra napolitana, nuevecita en España, papá. Pues creo que todo el mundo ya lo entiende, la felonía en estos terrenos es muerte, y hay que erradicar a las ratas antes de que cundan de mierda la estufa. Por eso la urgencia de matar a la Tatiana, cuyas llaves de su encierro olvidé porque en ese momento no había otra cosa más importante para mí que la salvación de Phil. ¿Ya vez que todo arrastra algo...? Esta melodía carcome y compacta toda mi vida, se jarta mi carrera hacia la salvación de Phil. ¡Ja...!, a las nueve, a las *9pm*. ¡Maldición de número!

Por el Parque Güell también se paseaban mis libros de geografía y las novelas de Paul Auster; y también por otros sitios arbolados de Barcelona. Y no es por mi costumbre estudiantil de salir a la calle siempre con un libro en la mano, no, no. También por mi querencia hacia la literatura. Por eso, y también por mi espíritu desnormador, tomé en serio

la sugerencia del capo de emplearme en la biblioteca. Me lo dijo en tono burlesco después de observarme más de un par de veces leyendo entre las estanterías. En esos días yo ya operaba en Las Ramblas. Y créeme, compita, no hubo necesidad de tanta intervención de parte del capo pa' que me dieran el empleo. Además de esa manera el director de la biblioteca no se sentiría solito, me entiendes; ya no solamente él jugaría la masa. Le gustó la idea al hijueputa, decía que se sentía con más libertad que alguien pusiera los pies en dos terrenos igual que él, la mafia y los doctos deberes bibliotecarios. Solamente él y yo pisábamos el mismo terreno, y hasta hoy día no creo que alguien más ahí, en la administración de la biblioteca, se las haya fumado. Yo me la pasé todo ese tiempo de güevón en esa oficina, pegado al teléfono contactando y dando órdenes de aquí pa' ya'. Me echaba de corrido un tomo enciclopédico en un mes, de pies a cabeza. Y claro, mi cheque por parte de la biblioteca siempre llegó.

Yo hacía los contactos a varios puntos de la ciudad pa' la distribución de cocaína. Los de Las Ramblas teníamos poderío en ese asunto. Toda la mercancía llegaba a Madrid desde Sudamérica y luego una parte pa' Barcelona. Esa parte nosotros la repartíamos a toda la comarca catalana. Yo sólo era el que comunicaba el "sí" o el "no", el "ya" o el "todavía, espérame tantito, mi hermano". Todo eso desde la biblioteca y con el consentimiento de mi jefe. Así la biblioteca servía como maquillaje en todo el movimiento, me entiendes. Y por su puesto, cualquier cosa el gobierno respondía.

Luego de empezar a darle duro en la biblioteca conseguí un piso de lujo en el mero corazón del Barrio del Raval. Todos los días se observaba desde ahí cómo el mar se iba saboreando poco a poco la tarde hasta comérsela. Los escalones de la ciudad que pintaban los edificios se iban perdiendo paso a paso hasta la orilla salada del puerto antiguo. Ahí fue cuando verdaderamente Barcelona se me fue hundiendo en el alma. La he dibujado con mis dedos sobre mi piel y la he enseñado también a beber de mi mar cuando su sol me incinera. Ahora que no tengo ojos, creo con seguridad que ella también se hunde en mí.

Una tarde llamé pa' Las Canarias. Todo se trataba de resolver un asuntito de mala distribución en un clan de por allá. Nos enviarían un avión con un tío como encargado. Vuelvo a decirte, papá, yo nada más conectaba. Pero aquel día, por razones urgentes, tuve que encargarme físicamente de la inspección del negocio. Y así, armado con otros tíos en un jeep llevamos a cabo el trabajito. Una tormenta ritmificó el ambiente mientras la tarde caía. Las

luces del jeep dibujaban la bruna sombra de un hombre que se aproximaba hacia nosotros, todo mojado y con una escolta de dos hombres más. Era la primera vez que ese tipo comandaba un cargamento. Llegó a nosotros y yo bajé la ventana. Con un español raro nos saludó. Mi escolta de al lado le alumbró la cara con una lámpara y así fue que vi por primera vez la cara de Phil Mbamanga. Meses después lo teníamos dentro del grupo de Las Ramblas. Lo trajeron de Las Canarias pa' Barcelona. La verdad, mi hermano, yo hice todo pa' que él estuviera cerca de mí.

Recuerdo la vez que repasé la vida de Phil en cuestión de segundos. Aquella vez que corría hacia su casa pa' salvarlo. A lo lejos se apreciaba la pelonía de Plaza Tetuán. Recuerdo que me cansé de correr y me detuve jadeando junto a un edificio viejo de la Gran Via de Les Corts. A cada minuto miraba mi reloj y me desesperaba el saber que el tiempo lo manipulaba todo. Ya antes de detenerme a respirar había decidido mirar el tiempo por última vez. Pero no pude evitar la rabia cuando las ganas me vencieron y vi que daban las nueve menos diez. Fue entonces que me quité el reloj del brazo y lo estrellé con furia sobre la pared del viejo edificio. Y comencé a gozar del recorrido que me ofrecían los recuerdos de Phil, junto a mí o antes de conocerlo. Eso,



Hermenegildo Martínez

mi hermano, es algo que el tiempo no me pudo robar ni me robará jamás. Además él mismo reloj me lo recuerda cada vez que dan las 9pm. Ay, compita... qué insensible ha sido el tiempo, que nos ha hecho comer hasta la última verruga que queda al final de la esperanza. Junto con Phil, realmente, viví una vida idílica. Él se convirtió en más que un hermano de sangre. En más que un hijo que le brinda satisfacción infinita a un padre... De descendencia inglesa nació y creció en Cape Town. Yo le enseñé a ser un latinazo. Le quité esa infracción que se asignaba por haber dejado el camino de las políticas correctas de la vida. Porque él también, mi hermano, él también le entró al estudio y a las buenas costumbres. Nada más que abandonó la escuela cuando se dio cuenta de que lo suyo era ser un hombre de ley. Dejó la universidad que sus padres le pagaban en París y luego se integró a la organización. Tiempo después radicó en Madrid y luego lo asignaron pa' Las Canarias. Allá era la mano derecha de un capo que traficaba con relojes Rolex en Tenerife. Y... pues como te he contado, tío, luego lo traje pa' ca' pa' Barcelona.

Oye, ¿y cómo has visto el escándalo del libro ese que publicaron a cerca de La Camorra? Yo la verdad, mi hermano, si tuviera vista no me detendría ni a verle la portada donde estuviera exhibido. Me gustó siempre la buena letra, y no las opiniones de los políticos ni los hijueputas que alteran a la sociedad con su mierda. Sí somos felices así, compita... Todos nos beneficiamos de alguna manera, lo malo es cuando tratamos de reconocer qué terrenos pisamos. Yo he vivido años de profunda algarabía. Y pa' serte sincero y no andar vagando en las dudas, lo único que lamento de esto es habernos unido con Miguel Solano en el tráfico de residuos, después de encontrármelo de nuevo en Barcelona. A pesar de todas las bonanzas que nos generó ese negocio, mis empresas en Cartagena, este palacete que da a Las Ramblas y, sobre todas las cosas, el bienestar absoluto de mi familia. Además manejo los hoteles de lujo que Phil dejó en Cape Town y Durban. Todo esto sí importa y mucho. ¿Dónde está el desafortunado que me quiere contradecir? Esto me costó la visión y toda mi demás alegría de vivir. Pero lo que sea de cada quien, papá. Yo estoy complacido ahora porque tengo una ventana que da a Las Ramblas.

Pues así es la cosa. Volví a toparme con Miguel Solano, después de dos años de haber dejado de trabajar pa' él, allá cuando yo vivía en Madrid. Él me contactó directamente en mi oficina de la biblioteca. Acuérdate que él mismo fue el que me consiguió pegue pa' venir a Barcelona. Después

de salir de mi oficina, Solano me dejó un poco confundido y a la vez excitado. El chiste es, mi hermano, que teníamos que reunirnos con él pa' tratar un negocito. Por lo que me había dicho se iba a cambiar pa' ca', porque pues, acá iba a operar. Yo tuve la intuición de que todo cambiaría. Pues las pocas veces que traté a Solano en Madrid lo analicé como un hombrazo de "aquí pongo la palabra y aquí se hace". Así mismo me extrañó el que citara también a Phil. Pero después de la cita todo fue muy coherente, sabes. Nos habíamos metido en una tareíta que... ¡huy, mi hermano!

Me llevé a Phil rumbo a la reunión. Llegamos a una casona escondida entre la arboleda del Tibidabo. Era una noche suave y estrellada, que desde la punta del cerro señalaba que el invierno estaba cerquita. Yo traía los huevos bien exprimidos por el frío glacial que me carcomía. Llegamos y entramos a un jardín que en el fondo dejaba ver a penas una ventana de la mansión. Adentro ya nos esperaban Solano y un grupo de gente con olor a Gucci. Entre ellos Blasini, la Tatiana y los demás soldados. La reunión fue una velada acogedora y terminó como a eso de las tres de la madrugada. Phil y yo acordamos entrarle al asunto sin pensarlo dos veces. Aunque la verdad, compa, no me hacía nada de gracia que una mujer fuera también de las fuertes del grupo. Yo nunca he tenido palabras con las hembras. Y aunque admiro que muchas de ellas sean capaces de meterse hasta donde un verdadero hombre escala, siempre las he visto desnudas sobre la cama y con las piernas abiertas. Pero ni modos, la Tatiana parecía una mujer de ley y Solano le daba siempre un buen lugar en la conversación, y eso hay que respetarlo, mi hermano. No voy a negar que la tía fuera una verídica muñeca, y que cuando hablaba todos nos callábamos. Pero no nos callábamos porque fuéramos unos caballeros, sino porque la hembra tenía sus buenas ideas. Y pues sí, esa noche conocimos a la Tatiana, una jetset fina e inteligente que seguramente Solano ya había apartado. También a Amos Blasini a quien habían traído desde Milano exclusivamente pa' operar en esta vaina. Luego de la reunión Phil y yo nos retiramos andando entre la arboleda, serpenteando por el Tibidabo y con Barcelona a nuestros pies. Todo el camino Phil no dejó de hablar del asunto. Y no era pa' menos sabiendo que nos habíamos metido en el tráfico de residuos químicos y tóxicos, una novedad pa' todo el clan.

Todo comenzó cuando La Camorra vio la ineficacia de los chinos en el asunto. Entonces nos quisieron contactar a nosotros ya que nos consideraron la nueva ruta. Se pusieron en contacto con nuestro clan. Bueno, sin andar con tantos rodeos, Massi, el boss, se quiso responsabilizar del asunto. Y

fue que él se jaló a Miguel Solano pa' ca' y lo nombró jefe. Ya siendo capo, Solano se encargó de formar a la pandilla. A Blasini lo trajo a Barcelona recomendado por Massi. A la Tatiana ya la había pescado en Madrid desde hacía meses. Y luego nos puso la mirada a Phil y a mí. Los demás se fueron uniendo en recomendación con otros capos del clan. La cosa me quedó bien clara. Como yo trabajaba en la biblioteca me echaron la carga de comunicador. Y a Phil como conocía bien Sudáfrica y tenía contactos allá, fue el que más le interesó a Solano pa' las operaciones. Todo estaba bien estructurado cuando a nosotros nos llamaron. Los residuos provienen de Alemania, se almacenan en España y luego uno se deshace de ellos en Sudáfrica. En ese tiempo las empresas alemanas ya tenían algunos años contratando los servicios de La Camorra, y la mafia ya estaba cansada de las cagadas de los chinos. Nuestro trabajo resultó muy exitoso durante el tiempo que me mantuve ahí, a pesar del complot de la Tatiana. Ahora desconozco cómo vayan las cosas.

Hay, que brisa, mi hermano... Me imagino las calles cómo se han de ver en esta época, el viento las ha de barrer por las tardes. Sabes, el Barrio del Raval tiene un olor a hierba y a guiso especioso, y a viejo, lo cual ayudó mucho a mi enamoramiento por la ciudad. De la Plaza de Cataluña pa' ca' ésa es mi Barcelona. Allí parece que el mundo se da cita pa' vivir. Aprendí que el olor se ve, que tiene un color. Y ahora estoy ensayando una táctica más hermosa, el sonido y los crujidos de la ciudad, cuando choca la lluvia en las paredes, cuando la gente taconeando el pavimento mientras las hojas se arrastran, cuando los vecinos sacuden las sábanas y las cuelgan en el barandal de los balcones... Tú te preguntarás cómo un mafioso como yo puede tener tanta sensibilidad, pero eso es algo que ni a Phil le pude responder. Es algo que no tiene respuesta y que no se debe preguntar, así nada más. Dirás que vivo mejor en este lugar, pero la verdad es que no es así. Yo viví mejor en el piso del Barrio del Raval, entre los cantos de la cotidianidad. Y no es porque solía pasarme todo mi tiempo libre en la mansión art nouveau de Phil, aquella que obtuvo poco después que empezamos a traficar con residuos, no mi hermano. A mí nunca me hizo falta el lujo pa' satisfacerme. Y ahora estoy viviendo aquí porque un ciego como yo gusta más de las extravagancias que una persona vidente, y eso es porque los ciegos nunca acabamos de entender que la soledad es algo que no se ve. No ha pasado mucho tiempo desde que perdí la vista. Fue hace como tres años más o menos en un accidente con uno de los químicos que transportábamos,

allá en unos terrenos montañosos en la lejanía de Cape Town. Las adversidades se me han encarado afuera y no aquí. Por eso ahora que mis ojos no ven estoy buscando una nueva táctica pa' volverme a enamorar de la ciudad. Barcelona no me ha defraudado y estoy descubriendo una manera distinta de vivirla otra vez.

Insisto en que esta melodía me lo trae todo de vuelta, y de nuevo te repito que es abstracto relacionarla con la ciudad. Cada guitarrazo es la manecilla de un reloj aproximándose a la muerte... ¿Cuándo escuchaste tú este tema, pana? ¿En los clubes? Es más o menos por ahí del 98 o 99. También a Phil le gustaba. Yo le inculqué ese toque de modernidad. Las pistas electrónicas siempre me gustaron de joven, siempre le encontré más frenesí que a las cumbias de Colombia. *9pm... 'till I Come...* Qué tal, mi hermano...

Aquella tarde llegamos a Barcelona en un vuelo desde Cape Town. Volamos por más de doce horas haciendo escala en Ámsterdam y París. El avión privado que nos llevó junto con los residuos se quedó detenido en una pista cerca de Durban. Por poco nos pescan, mi hermano. Unos mal entendidos generaron conflictos entre los soldados de nuestro grupo que radicaban en Sudáfrica y las autoridades del mismo país. El gobierno local nos quitó toda protección y así las organizaciones anticriminales nos atacaron en plena operación. Phil y yo nos vimos obligados a solucionar las cosas desde España, y logramos salir en los primeros vuelos comerciales a Barcelona. Por otro lado, ya tenía casi un año que los médicos le habían encontrado el tumor a Phil, sabes. Ya habíamos acudido a los mejores médicos del mundo y todo indicaba que el cáncer lo iba a matar en pocos meses. A pesar de los tremendos dolores que esto le ocasionaba, Phil se mantenía al pie de las operaciones del tráfico de residuos en Sudáfrica. La heroína que yo le inyectaba lo confortaba por más de cuatro horas, y aunque esto le provocó una terrible adicción no hallé una mejor manera de apaciguar su sufrimiento. En aquel viaje a Barcelona fue imposible confortarlo, pues los efectos de la droga, desde hacía un par de meses, se atenuaban inexplicablemente. En Ámsterdam estuvimos a punto de quedarnos pa' ver la manera de conseguir heroína. Pero continuamos hasta España porque consideramos que el asunto de Sudáfrica, al no resolverse pronto, ponía en riesgo la vida de todo el grupo. Y horas después de salir de Ámsterdam y luego hacer una escala más llegamos a Barcelona.

La tarde se escurría vaciándose en forma de sombra amarilla por el pavimento. Era de nuevo pleno otoño en

la ciudad, mi estación del año preferida. Una camioneta llegó por nosotros al aeropuerto, pero quise que Phil se fuera a casa y confortara sus dolores. Yo tomé un taxi y con todo el equipaje me dirigí a mi piso del Barrio del Raval. Durante el camino aprecié la ciudad de una forma extraña, sabes. Se podía tocar cada calle sin pulmón. Cada punto de Barcelona mostraba la deshidratación de la esperanza. Llegué a casa y me puse en contacto con Phil, pero sus teléfonos no respondían. Minutos después me fui a la biblioteca y me interné en la oficina. Allí me enteré de que habían capturado a la Tatiana en un casino de Monte Carlo, y la habían encerrado en una habitación de la mansión de Phil. Solano la había estado buscando durante todo el verano, después de enterarse que ella cooperó con el gobierno español al darle información de las operaciones del tráfico; cosa que yo atribuí como posible vertiente al conflicto que ahora enfrentábamos en Sudáfrica.

El atardecer había venido con una lluvia apasionante. El reloj daba las siete treinta y yo seguía preocupado por Phil. Dos semanas anteriores lo había sacado del hospital después de una caída por sobredosis de heroína. Estuve a punto de salir de la biblioteca pa' ir a verlo pero en ese momento sonó el teléfono de la oficina. Era el mismo Phil agonizante con la llamada de *9pm*. Él recibió indicaciones de Solano y me las comunicó en lo que pareció su agonía. En la llamada, como desapareciendo lentamente el eco de su voz eterna, me dijo:

—¿Phil...?! ¡Joder contigo, mi hermano! ¿Quiubo, por qué no contestas el maldito teléfono?

—Mira, eso no importa. Haz exactamente lo que te voy a decir. Coge las llaves de la habitación en donde está encerrada la gritona de la Tatiana..., y llama a Cape Town en punto de las ocho. Es en punto de las ocho o no.

—Pero... ¿Cómo te sientes, hombre?

—...me estoy pudriendo, tío... Si no llegas a las nueve en punto me mato... Te lo digo en serio, ya no aguanto ni un puto minuto más.

—¿Phil, estás loco, coño?! ¡No digas locuras, carajo!

—¡Llama específicamente desde la biblioteca! Ellos lo pidieron, nadie puede engañar a esos hijos de puta... Tú sabes que no les podemos fallar.

—¿Con quién has hablado? ¿Con Solano?

—¡Joder...! La perra ésta no deja de aullar...

—Mira, mi hermano, va suave la cosa. Tú tranquilo que yo ahorita voy volando pa' ya'. Tú espérame. No vayas a hacer un desmadre...

—¡Joder, Rigo...! Ahhh... ¿Qué no me has escuchado...?! ¡Tienes que llamar de la maldita biblioteca a la puta África...! Tú ya sabes lo que hay que negociar.

—Ya va, tío, tranquilo. Aguanta, yo llamo y voy corriendo pa' ya'. Aguanta, aguanta con la droga.

—Rigo, brother, tú sabes que la droga me sirve para una mierda...

—Tú aguántala, mi hermano, tú aguántala.

—Dicen que esta puta de Tatiana lleva encerrada aquí como tres días. Para qué diablos grita si al rato igual se va conmigo al infierno...

—¿Dónde cojo las llaves?

—En un departamento del equipaje grande. Es un puñado de cinco o seis...

—¡Va! Yo llamo a Cape Town en punto de las ocho y voy por las llaves.

—...anda, Rigo. Apúrate, tío. Siento que la sangre me hierve, brother... ¡Cállate, coño, perra, puta de mierda que al rato te vas a morir!

—Phil, escucha, mi hermano... Tú espérame, tú espérame...

—*9pm* o me mato, Rigo. Te juro que me mato...

—Phil, contrólate, pana. Hasta que yo llegue, mi hermano, hasta que yo llegue...

En seguida Phil colgó el teléfono. Yo sólo necesitaba la hora correcta pa' llamar y establecer un acuerdo con las autoridades de Sudáfrica. Y Phil ya me había dado aquella hora, las ocho en punto de la noche horario de España. Y también mencionó las *9pm*, la hora en que se mataría si yo no llegaba antes. Así que esperé la hora y después de llamar a Cape Town salí a toda prisa de la biblioteca. Fíjate, mi hermano, que no entiendo por qué Phil me hizo esto. No lo entiendo... Y así me fui corriendo por la calle del Carme hasta la Rambla del Estudis. La lluvia había cesado antes de las ocho menos quince. Los corredores de Las Ramblas yacían mojados e iluminados por una luna hermosa que se me asemejaba a una cabeza rapada de mujer, igual que la ciudad. Seguí corriendo haciéndome a un lado de los corredores. Me orillé a las banquetas donde vi que la gente espesaba menos. Y allí me topé con Blasini que parecía que me esperaba afuera de su bar. Tenía un mes que él había salido de los residuos pa' meterse a la distribución de cocaína en Las Ramblas. Me invitó a entrar al bar, pero apenas tuve atención pa' verle el rostro. Seguí corriendo y escuché que me gritó algo referente a la Tatiana. Antes de cruzar la calle pa' intentar meterme al metro o tomar un taxi, recordé que había olvidado las llaves donde la Tatiana estaba encerrada.

Había que interrogarla y luego darle cuello. Pero vi mi reloj y éste marcaba las ocho treinta. Me acerqué a la boca del metro que burbujeaba de gente echándose la prisa a las espaldas. Luego del fracaso del metro y el taxi me disparé corriendo más a prisa hacia la casa de Phil, esquivando cada cuerpo frente a la Plaza de Cataluña.

La mirada de Phil punzaba con algo menos que el odio, sabes; extremadamente seca e impalpable. Su rostro lo endurecía todo, descalabraba la magnificencia y el desafío. Su boca masticaba su propia coraza y su alma desértica. Pero en aquella llamada me permitió oír el quiebre de sus lágrimas, y a lo lejos, en lo más insoldable, quizá del revés de la verdadera entraña, escuché un gemido que me pedía vida.

Quise mirar por última vez la hora. El reloj marcaba las nueve menos veinte. Continué corriendo por la Gran Via de Les Corts Catalanes. Comencé a repasar la vida de Phil en cuestión de segundos. A lo lejos se apreciaba la pelonía de Plaza Tetuán. Me cansé de correr y me detuve jadeando junto a un edificio viejo de la avenida. A cada minuto miraba mi reloj y me desesperaba el saber que el tiempo lo manipulaba todo. Ya antes de detenerme a respirar había decidido mirar el tiempo por última vez. Pero no pude evitar la rabia cuando las ganas me vencieron y vi que daban las nueve menos diez. Fue entonces que me quité el reloj del brazo y lo estrellé con furia sobre la pared del viejo edificio. Nuevamente la melodía de *9pm* se enlazaba con todo, sonando a cada charco esquivado. “Hasta que yo llegue, Phil, hasta que yo llegue...” Me vi cruzando alrededor de Plaza Tetuán con el corazón rebotando a cada segundo. Doblé la esquina y frente a mí se avistaba el caserón. Llegué y abrí la puerta con mis llaves. Entré y pasé por el recibidor como un rayo de amor. Oí opacos los gritos de la Tatiana en el segundo piso. Subí las escaleras hacia las demás habitaciones. A cada brinco los gritos de la Tatiana me hacían eco en cada hueso. Abrí la puerta de la habitación de Phil y descorrí la cortina. Planchado en la pared el reloj marcaba las nueve diez. Y en la esquina, como maquillado de sombras sudafricanas, él me esperaba agachado y con un revólver cerca de la mano. •

JOSÉ SIEMSS. Escritor y cuentista mexicano. Ha colaborado en números anteriores de *Casa del Tiempo*. Correo electrónico: supreme13@mexico.com